

UN UGIER. ¡El rey!
REY. [En el fondo.] Señores regidores de mi buena ciudad de París, escusadme si llevo un poco tarde; no es mía la culpa, sino del señor cardenal que me ha entretenido.

CARD. [A Rochefort.] Sí, la culpa es siempre mía.

ROCH. Pero esta vez creo que no.

REY. [Inquieto.] ¡Qué! ¡aún no ha llegado el señor cardenal!

CARD. Esperaba, Sire, el momento oportuno para presentar mis respetos á V. M.

REY. ¡Ah! señor duque, yo os acusaba por escusarme; pero el hecho es, caballeros, que á su Eminencia le gusta mas el trabajo que el sarao. ¡Y á qué hora empieza el baile, señores!

UN REGIDOR. Tan luego como llegue S. M. la reina, Sire, y que V. M. nos dé sus órdenes.

REY. ¡Mis órdenes! ¡Oh! no, estais en vuestra casa, señores, y la reina me parece que ya no puede tardar.

CARD. ¡Y S. M. la reina, Sire, está algo mejor!

REY. La reina está siempre enferma, cuando se la cree buena, y buena cuando se la cree enferma.

CARD. ¡Pero viene al baile S. M.?

REY. Entiendo que sí.

CARD. No vendrá. [Estrépito y aclamaciones.]

REY. Debe ser la reina.

UGIER. ¡La reina! [Movimiento.]

ESCENA VI.

Dichos, la REINA.

REINA. Buenos dias, señores. [Mira en torno suyo.] ¡Nada! nadie! no hay esperanza! ¡El cardenal!

REY. Madama, yo me he disculpado con el trabajo; pero, y vos, ¡qué disculpa podeis darnos, por haber tardado tanto!

CARD. ¡Madama! [Saluda.] [No tiene los herretes.] Madama puede encontrar una excusa muy natural: su belleza, el cuidado de su tocador y el tiempo que ha necesitado para prender sus mangas con esos herretes...

REIN. Es implacable como el infierno.

REY. Pero no, si no los tiene. Decidme, madama, si no os molesta, ¡por que no os pusisteis vuestros herretes de diamantes, sabiendo que me habria sido muy agradable el véroslos!

REIN. ¡Sire!

REY. Yo os he hecho ese regalo, madama, y estaba en que os adornaríais con él.

CARD. Pueden todavía ir á traerlos. ¡En donde están?

REY. ¡Sí, en dónde están?

REIN. En el Louvre. [Un poco de tiempo]

mas, Dios mio, un poco de tiempo.) ¡V. M. deseara que...!

REY. Sí, lo quiero, porque el baile va á empezar así que las parejas estén listas, y así que vos misma lo esteis tambien.

CARD. ¡No hay cuidado! de aquí allá, ya pretestará una enfermedad cualquiera, ó le dará un desmayo.

REY. Enviad, pues, por ellos al Louvre, madama.

REIN. Sí, Sire, voy á enviar.

CARD. Y yo tambien. [Saluda y váse.]

ESCENA V.

DICHOS, MENOS EL CARDENAL.

REINA. ¡Oh Dios mio! no habeis tenido piedad de mí: estoy perdida.

TREV. Si yo pudiese servir en algo á V. M.

REINA. En nada, señor, en nada.

TREV. Madama, siento tanto....

REINA. ¡Ah! decidme, ¡conocéis á un guardia... á un jóven...!

TREV. ¡A un jóven!

REINA. Que se llama d'Artagnan

TREV. ¡Que me pidió hace pocos dias una licencia!

REINA. ¡No lo habeis vuelto á ver! ¡No ha venido aún!

TREV. No, madama; Athos, ¡no habeis vuelto á ver al señor d'Artagnan!

ATHOS. ¡Al Sr. d'Artagnan! No.

REINA. *Se acabó.... se acabó....

UNA CAMARISTA. Todo está pronto en el tocador de S. M. [La reina entra á la derecha, las damas la siguen.]

ESCENA VI.

LOS MISMOS, ROCHEFORT.

ROCH. [En el fondo.] Señores, señores, un hombre acaba de subir por la escalerita, ha forzado el puesto y echado por tierra á los centinelas. Se le gritó que se detuviera, y ha proseguido su camino. ¡A la arma! ¡A la arma!

TREV. ¡Un hombre!

ATHOS. ¡Un hombre! Por aquí ha de pasar.

D'ART. [Entrando: bajo á un guardia.] Camarada, camarada, dadme vuestro mosquete.

ATHOS. ¡D'Artagnan!

TREV. ¡D'Artagnan!

REINA. [En el umbral de la puerta.] ¡D'Artagnan! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

ROCH. ¡Ah! ¡Es mi gascon! ¡Conque sois vos el que echais á rodar los centinelas!

D'ART. ¡Qué veo! ¡mi ladron! ¡yo! ¡cuáles centinelas! yo no he echado á rodar á nadie.

ROCH. ¡Y entonces qué haceis ahí!

D'ART. Me toca mi turno, y entro de centinela.

ROCH. ¡En ese estado! ¡lleno de polvo, bañado de sudor! vamos á ver si ese es el traje de baile.

REINA. [Bajo á Treville.] ¡Ah, señor de Treville!

TREV. [A Rochefort.] ¡Y con qué facultad, caballero, os mezclais en esto! ¡Por ventura el señor d'Artagnan es de los vuestros!

ROCH. No, pero...

TREV. A mí me agrada que un guardia de S. M. esté cubierto de polvo y de sudor, despues que ha corrido y se ha fatigado por servir al rey; y por último, creo que yo mando aquí.

ROCH. Está bien, señor, está bien. ¡Ah! gascon maldito! [Mira á d'Artagnan.]

ATHOS. [A Rochefort.] ¡Y bien, qué!

D'ART. Dejadme, Athos, que con ese caballero tengo yo una cuenta abierta.

TREV. Aquí es vuestro puesto, d'Artagnan.

D'ART. [Bajo á Treville.] Se lo va á contar todo al cardenal.

TREV. Os acompañaré, señor de Rochefort. [Se lo lleva.]

ESCENA VII.

DICHOS, LA REINA.

REINA. ¡Qué ha sucedido!

D'ART. He aquí el cofrecillo, madama.

REINA. ¡Ah! ¡me he salvado!....gracias.... gracias.... un puñal!.... ¡Cielos! está teñido en sangre.

D'ART. Es la sangre de Jorge Williers, duque de Buckingham, que al morir me ha encargado que os dijera....

REINA. ¡Ha muerto!

D'ART. Pronunciando el nombre de V. M.

REINA. ¡Jorge! ¡qué caro es el amor de una reina!

UGIER. [En el bastidor.] El rey!

REINA. Losherretes....pronto....Estéfana, guardadme ese cofrecillo.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, EL REY, EL CARDENAL, TREVILLE.

REY. ¡Por fin, madama, han vuelto del Louvre!

CARD. Ni siquiera han ido.

REY. ¡Estais pronta, madama!

REINA. A las órdenes de V. M.

CARD. [Estupefacto.] ¡Los herretes!

REY. ¡Ah, os pusisteis los herretes! ¡Gra-

cias! ¡Y bien, señor cardenal, qué es lo que queríais decirme respecto de estos herretes!

CARD. Nada Sire, nada. [¡Pero por donde habrán venido!]

ROCH. Mirad, monseñor, el polvo que cubre el vestido de ese guardia que está detras de mí.

CARD. ¡Ah! está bien: venid.

REY. [A Treville.] ¡Sabeis por qué está tan pálido el cardenal!

TREV. Creo que sí, Sire. La reina le ha hecho una travesura muy graciosa: ¡quiere V. M. saberla!

REY. ¡Ah! sí, contádmela, contádmela.

REINA. [A d'Artagnan.] ¡Cómo podré daros gracias, mi salvador, mi héroe, mi amigo!

D'ART. Con una sola palabra, madama: Constancia ha desaparecido. ¡A dónde está Constancia?

REINA. Para sustraerla á la venganza del cardenal, la he enviado á las Carmelitas de Bethune.

D'ART. ¡Gracias! ya estoy pagado.

REINA. No, todavía....

REY. [A Treville.] De suerte que el cardenal ha caido en la trampa, y eso lo irrita: ¡vaya que la cosa es muy divertida! Supongo, madama, que me perdonais la chanzoneta de los herretes, ¿eh?

REINA. [La chanzoneta!] Sí, Sire.

REY. Venid, madama, que el baile comienza y la música es muy alegre.

REINA. [Apoyando la mano sobre su corazon.] Sí, Sire, muy alegre. [Ahoga un suspiro y da la mano al rey.]

D'ART. El mas feliz de todos es el difunto.

ACTO QUINTO.

CUADRO XIII.

El convento de las carmelitas de Bethune. Una sala.

ESCENA I.

ROCHEFORT, LA SUPERIORA.

SUP. Habeis, señor, mandado llamar á la superiora del convento de las carmelitas de Bethune, y aquí está á vuestras órdenes.

ROCH. En efecto, señora, os he mandado llamar, porque necesito tomar de vos algunos informes.

SUP. Decid, caballero.

ROCH. ¡No se ha detenido aquí, en vuestro convento, una mujer como de 24 á 25 años, que debe haber venido por el camino de Bolonia!

SUP. Pero, yo no sé, caballero, si debo responder á una pregunta semejante.

Roch. [*Sacando un papel de la bolsa.*] Os la hago de orden del cardenal.

Sup. Obedezco. Preguntad, señor.

Roch. ¡Habeis recibido, sí ó no, señora, en el convento de las carmelitas de Bethune una mujer de 24 á 25 años que ha venido de la parte de Bolonia!

Sup. Sí señor.

Roch. ¡Y cuándo?

Sup. Ayer.

Roch. Hacedle saber que un enviado de su Eminencia quiere hablarla.

Sup. Vendrá al instante, caballero.

Roch. Gracias.

ESCENA II.

ROCHEFORT *solo*, despues MILADY.

Roch. ¡Qué diablo de interes la habrá obligado á encerrarse aquí, en este convento de Bethune! Será sin duda para estar mas cerca de la frontera. Esta Milady de Winter es una mujer muy prudente.

Mil. ¡Ah! ¿soisvos, conde? ¡Y bien! ¡qué ha dicho el cardenal de la muerte de Buckingham!

Roch. ¡Oh! ¡la ha sentido mucho como cristiano, está desesperado: verdad es que como político, no puede menos de decir que es una gran fortuna.

Mil. ¡Y qué es lo que piensa respecto de mí?

Roch. Desde luego aprueba vuestro proyecto, y me envía, porque cree que tendreis muchas cosas que decirle, y que no querreis confiarlas al papel.

Mil. Tiene razon.

Roch. Pues bien, decid.

Mil. La primera es, que cual yo me la esperaba, me he encontrado aquí con la famosa Bonacieux.

Roch. Pero yo supongo que procuraréis el que no os vea.

Mil. Todo lo contrario: si ella no me conoce.

Roch. En ese caso, ya debéis ser su mejor amiga.

Mil. Justamente.

Roch. ¡Y cómo os habeis arreglado?

Mil. ¡Toma! de una manera muy fácil: me he presentado aquí como una víctima del cardenal.

Roch. Y la identidad de circunstancias, la conformidad de posición....

Mil. Ya comprendereis.

Roch. Sí que comprendo, y lo creo bien.

Mil. Y vuestra visita viene que ni anillo al dedo: va á maravillar á todos.

Roch. Pero, ¡cómo ó por qué?

Mil. Porque vais á decir que á fuerza de astucia, habeis descubierto mi retiro; y que mañana ó pasado vendrán á buscarme

de orden del cardenal. Yo tengo acá mis razones para no quedarme en Bethune.

Roch. ¡Qué diablo! pero, ¡y en dónde he de encontraros, si os necesito!

Mil. Dejadme pensar.... en Harmen-tiers.

Roch. ¡Muy bien! ¡Y no se os ocurre nada mas que pueda decir al cardenal!

Mil. Decidle que nuestra conversacion en Colombier Rouge, ha sido oida por tres mosqueteros del rey; que despues de su partida, uno de aquellos tres hombres, llamado Athos, subió á mi cuarto, y me arrancó el salvo conducto que él me habia dado; y que estos mosqueteros son muy temibles porque saben nuestro secreto; y que por consiguiente, es indispensable quitarlos de enmedio.

Roch. ¡No son esos tres hombres los amigos de nuestro gascon!

Mil. Sí, los inseparables.

Roch. Entonces son los que yo acabo de encontrar á diez leguas de aquí, en una posada, donde me detuve á descansar un rato.

Mil. ¡Pues qué vendrán á buscar por aquí?

Roch. ¡No me habeis dicho que uno de ellos es el amante de esa Bonacieux!

Mil. Sí, d'Artagnan.

Roch. Pues es muy probable que vengan á buscarla.

Mil. ¡A buscarla!

Roch. Sí, despues del servicio que d'Artagnan ha hecho á la reina, S. M. no habrá podido rehusarle nada.

Mil. Teneis razon, Rochefort, y ya no es á Paris á donde vos debéis volar ahora; debéis ir á esperarme á Lila.

Roch. ¡A esperaros!

Mil. ¡No creis que el cardenal estaria muy contento, si tuviese entre sus manos á la intrigantilla de la Bonacieux!

Roch. No lo dudo; pero las carmelitas de Bethune, están bajo la proteccion de la reina.

Mil. ¡Y si yo me llevo la niña á Lila!

Roch. Eso ya es otra cosa.

Mil. Pues entonces, ya no me voy ni mañana ni pasado; parto hoy mismo.

Roch. Muy bien pensado, porque nuestros hombres pueden llegar de un momento á otro.

Mil. ¡Teneis una silla de posta y uncriado!

Roch. Sí.

Mil. Poned ambas cosas á mi disposicion.

Roch. ¡Pero y yo!

Mil. Vos podeis ir á caballo: adelantaos y esperadme en la posada del Oso negro.

Roch. ¡Allí he de esperaros!

Mil. Sí.

Roch. ¡Conque en Lila, en la posada del Oso negro!

Mil. Sí, en Lila en la posada del Oso negro. (*Vase él.*)

ESCENA III.

MILADY *sola*, despues la BONACIEUX.

Mil. ¡Si será por ella y contra mí, que estos cuatro campeones estan en campaña! No lo sé; pero á todo turtio correr, ellos no nos encontrarán, ni á ella, ni á mí. No desmayemos, vamos á su celda, y procuremos representar bien nuestro papel de mujer perseguida.... ¡Ah! hela aquí.

Sra. Bon. ¡Por fin, señora, ha sucedido lo que temais! ¡Esta tarde tal vez, ó aun antes, el cardenal os manda sacar de aquí!

Mil. ¿Quién os ha dado esa nueva, mi querida y hermosa jóven?

Sra. Bon. Yo la he oido de la boca del mismo enviado.

Mil. Venid á sentaros aquí.... junto á mí.

Sra. Bon. Aquí estoy.

Mil. Dejad que vea si álguien nos es-cucha.

Sra. Bon. ¿Y para qué todas esas precau-ciones?

Mil. Vais á saberlo. (*Vuelve á sentarse.*) Es decir, que él ha representado muy bien su papel.

Sra. Bon. ¿Quién decís?

Mil. El que se ha presentado á la su-periora en nombre del cardenal.

Sra. Bon. ¡Cómo! ¡pues qué ese hombre no es!....

Mil. Ese hombre es mi hermano

Sra. Bon. ¡Vuestro hermano!

Mil. ¡Chito! vos sois la única que sabe este secreto, hija mia, no lo confieis á nadie en el mundo, ó yo estoy perdida, y vos tambien quizás.

Sra. Bon. ¡Dios mio!

Mil. Oidme. Esto es lo que pasa. Sabiendo mi hermano que yo era presa de la venganza del cardenal, se dirigia hácia aquí para servirme de defensor, y en el camino encontró al emisario del cardenal que venia á buscarme; lo sigue, y espada en mano quiere obligar al enviado á que le entregue los papeles de que era portador; el enviado se resiste, quiere defenderse, y mi hermano lo mató.

Sra. Bon. ¡Oh!

Mil. Mi hermano entonces tomó los papeles, y se ha presentado aquí como enviado del cardenal, y dentro de una hora un coche debe venir á llevarme de parte de su Eminencia,

Sra. Bon. ¡Segun eso, nos vamos á separar!

Mil. Esperad.... Réstame una noticia que comunicaros, y que responderá muy bien á esa pregunta.

Sra. Bon. ¿Cuál es!

Mil. Mi hermano ha descubierto ademas una trampa contra vos.

Sra. Bon. ¿Contra mí?

12.—TEATRO.

Mil. Sí, el cardenal os quiere atrapar. Sra. Bon. ¡Oh! En este convento que está bajo la proteccion inmediata de la reina, no se atreverá á usar de ninguna violencia. Mil. De violencia no; pero si de la astucia.

Sra. Bon. ¡La astucia! Mil. Cuatro emisarios del cardenal están en camino con este objeto.

Sra. Bon. ¿Qué me decís?

Mil. Disfrazados de mosqueteros.

Sra. Bon. ¿De mosqueteros!

Mil. Cuando estuvisteis al servicio de la reina, ¿no habeis conocido un jóven guardia, un jóven mosquetero que se llamaba d'Artagnan?

Sra. Bon. Sí, en efecto, ¿y qué?

Mil. Pues ellos han de preguntar por vos en la portería del convento, de parte de d'Artagnan; y al instante, en el momento mismo, tan luego como salgais del umbral del convento, os roban.

Sra. Bon. ¡Oh! y entonces, ¿qué me aconsejais que haga?

Mil. Habria un medio muy sencillo de burlarlos y salvaros.

Sra. Bon. ¿Cuál es!

Mil. El ocultaros en estas cercanías; y asi podriais aseguraros de quiénes son esos hombres que vienen á buscaros.

Sra. Bon. Pero yo he entrado aquí por orden de la reina, y por consiguiente, no me dejarán salir.

Mil. ¡Oh! ¡gran dificultad!

Sra. Bon. ¿Pues no!

Mil. Mirad, el coche está á la puerta: vos salis á despedirme, subís al estribo para darme el último abrazo; el criado de mi hermano que viene por mí, hace una señal al cocherero, y nosotras entonces partimos á escape.

Sra. Bon. Sí, sí, teneis razon. Así irá todo bien, y todo por lo mejor; pero no nos alejemos de aquí.

Mil. Sí, comprendo.

Sra. Bon. Si por casualidad fuesen d'Artagnan y sus amigos.

Mil. Pobrecita niña! (*Acercan una mesa cubierta.*) Vos me dispensais....

Sra. Bon. ¡Oh! yo os suplico....

Mil. Ya comprendeis.... el coche puede llegar de un momento á otro.

Sra. Bon. ¡Ay, cómo tiemblo!

Mil. (*Empapando un bizcocho en vino de España.*) ¡Oh! ¡qué loca sois! ¡sois!

Sra. Bon. ¿Qué?

Mil. Es la silla de posta que mi hermano me envia.

Sra. Bon. Tocan á la puerta del convento.

Mil. Subid á vuestra celda. ¿Teneis algunas joyas que querais llevar!

Sra. Bon. Tengo dos cartas de él.

Mil. Y bien, id á buscarlas y volved al momento.

Sra. Bon. Mi corazon se oprime; no puedo andar, me ahoga.

MIL. ¡Amais al señor d'Artagnan!
SRA. BON. ¡Oh! con toda el alma.
MIL. Siendo así, pensad que en huyendo, os conservais para él.
SRA. BON. ¡Ah! vos me infundís valor. [Abrese la puerta y se presenta un criado.] ¡Quién es!
MIL. Nada temais: es el ayuda de cámara de mi hermano y.... Id
SRA. BON. Voy.

FSCENA III.

MILADY Y EL CRIADO.

CRI. Espero las órdenes de Milady.
MIL. Tan luego como esa jóven que acaba de salir, esté junto a mi en el coche, partireis al galope por el camino de Lila.
CRI. ¡Nada mas!
MIL. Esperad.... Si durante nuestros preparativos de partida, veis que llegan tres ó cuatro caballeros, picad los caballos, dad vuelta con el coche en derredor del convento, é id á esperarnos á la puerta del jardín. Nada mas: idos. [Vase.]

ESCENA V.

MILADY á la ventana, despues la BONACIEUX.

MIL. Me habia parecido... no, nada. Todo está listo, mi querida niña, y la superiora nada sospecha: ese hombre va á dar las últimas órdenes: ¡no quereis hacer lo que yo? tomad un bizcocho y bebed un vaso devino.
SRA. BON. No, gracias, no tengo ganas de nada.
MIL. Entonces no perdamos un instante, partamos.
SRA. BON. (Indecisa.) Sí, partamos.
MIL. ¡Lo veis! todo nos ayuda; ya la noche se acerca.
SRA. BON. ¡Oh! ¡Qué ruido es ese!
MIL. En efecto.
SRA. BON. Parece el galope de muchos caballos.
MIL. O son nuestros amigos, ó nuestros enemigos; estaos ahí, que voy á decíroslo.
SRA. BON. [Vacilante.] ¡Oh! ¡Dios mio! Dios mio!
MIL. Es el uniforme de los guardias del señor cardenal; no debemos perder un instante: huyamos, huyamos.
SRA. BON. Sí, sí.
MILAD. Venid, pues, venid. [Oyese alejar el coche.]
SRA. BON. Ya es tarde.

Gritos dentro. Deteneos, deteneos. [Dos ó tres tiros.]

MIL. No, no podemos huir por la puerta del jardín, venid, venid.... (La Bonacieux cae sobre sus rodillas.) ¡Oh! ella va á perderme! venid, ella me fuerza á hacerlo. (Va á la mesa, vacia el engaste de su sortija en el vaso, lo toma y vuelve á la Bonacieux.) Bebed, bebed, esto os dará fuerzas. (Bebe maquinalmente.) No es así como yo hubiera querido vengarme. (Se sale del cuarto.)

SRA. BON. [Levantándose.] Esperad, ya os sigo....

D'ART. (En la calle.) De órden de la reina.

SRA. BON. (Vivamente.) ¡Su voz! ¡es su voz! [Corriendo á la puerta.] ¡d'Artagnan! ¡d'Artagnan! por aquí, por aquí, ¡sois vos! por aquí.... ¡Dios mio!

D'ART. ¡Constancia! ¡Constancia! ¡A dónde estais?

SRA. BON. ¡Ah! d'Artagnan yo no os esperaba: ¡sois vos!

D'ART. Sí, sí, yo soy.

SRA. BON. ¡Ah! qué bien hice de no irme con ella.

D'ART. ¡Con ella?

ATHOS. ¡Y quién es ella?

SRA. BON. Esa mujer, esa que por mi interes queria llevarme; esa que os habia tomado por los guardias del cardenal, y que acaba de huir.

D'ART. ¡Esa que acaba de huir! ¡Qué decís! ¡Dios mio! ¡una mujer que acaba de huir!

SRA. BON. Sí, ahora mismo, en este instante.

D'ART. ¡Cómo se llama! ¡Sabeis subnombre!

SRA. BON. ¡Ay! ¡qué es lo que tengo!.... mi cabeza.... se trastorna, ya no veo, ya....

D'ART. Sus manos están frias; ¡Dios mio! pierde el conocimiento.... ¡Qué es esto? Esta....

ATHOS. [Ecsaminando el vaso en el cual Milady ha vaciado la sortija.] ¡Oh! no, ¡es imposible! Dios no, permitiría semejante crimen.

SRA. BON. ¡Agua! ¡quiero agua!

D'ART. ¡Agua! ¡agua! [Llamando.]

PORT. Y ARA. ¡Agua! ¡un médico!

ATHOS. ¡Ah! ¡pobre mujer! ¡pobre mujer!

D'ART. Parece que vuelve.

ATHOS. Señora, decidme en nombre del cielo, ¡quién ha bebido en este vaso!

SRA. BON. Yo.

ATHOS. ¡Pero quién ha echado el vino que habia en él!

SRA. BON. Ella.

ATHOS. ¡La condesa de Winter, no es eso!

Todos. ¡Oh!

D'ART. [Tomando la mano de Athos.] ¡Cómo! ¡tú crees!....

ATHOS. Ella sabia el asilo de esta mujer por el cardenal, y ha venido aquí.

SRA. BON. ¡D'Artagnan! ¡d'Artagnan! no me abandoneis, mirad que voy á morir.

D'ART. En nombre de Dios, llamad, corred, pedid alguna medicina.

ATHOS. Todo es inútil; para el veneno que ella ha tomado, no hay contra veneno.

SRA. BON. ¡Socorro! [Revolcándose.] ¡Ah! [Echándose al cuello de d'Artagnan.] ¡Yo te amo! (Muere — Porthos, prorrumpe en sollozos.)

D'ART. ¡Muerta! ¡muerta!

ARA. ¡Venganza!

ATHOS. ¡Dios santo! tened piedad de nosotros.

D'ART. (Cayendo cerca de ella.) ¡Muerta! ¡muerta!

ESCENA VI.

Los mismos, lord de WINTER.

WINT. No me habia engañado; he aquí al señor d'Artagnan y á sus amigos.

Todos. [Menos d'Artagnan.] ¡Quién es este hombre!

WINT. Entiendo, señores, que vos venís como yo, en persecucion de una mujer, ¡no es eso!

ATHOS. Sí.

WINT. De una mujer que ha debido pasar por aquí, puesto que hay aquí un cadaver.

ATHOS. ¡Quién sois vos!

WINT. Lord de Winter, el cuñado de esa mujer.

ATHOS. ¡Ah! es cierto; ahora os conozco. Sed bien venido, milord, y sed de los nuestros.... Pero cómo....

WINT. Yo salí de Portsmouth cinco horas despues que ella, y he llegado á Bolonia tres horas mas tarde. En Saint Omer, ya no me llevaba mas de cinco minutos de ventaja; pero en Lilliers, perdí enteramente su huella.

Yo caminaba al acaso, preguntándole á todo el mundo, cuando os ví pasar al galope; quise segueros, pero mi caballo estaba demasiado cansado para que pudiese andar al paso de los vuestros; y sin embargo, vos con dolor que á pesar de la prisa que os disteis, habéis llegado muy tarde.

ATHOS. [A la superiora.] Señora, dejamos á vuestros piadosos cuidados el cuerpo de esta desgraciada mujer. Ha sido un ángel en la tierra, antes de serlo en el cielo.

Consideradla como una de vuestras hermanas, que algun dia nosotros volveremos á llorar sobre su tumba.

D'ART. (Besándole en la frente.) ¡Constancia! ¡Constancia!

ATHOS. Lloro, lloro, corazon lleno de amor, de juventud y de vida; lloro, que yo tambien quisiera poder llorar como tu.

D'ART. ¡Y qué, no perseguimos ahora á esa mujer!

ATHOS. Sí, inmediatamente; pero tengo antes una última medida que tomar.

D'ART. ¡Oh! Athos, ella se nos escapará, y la culpa será tuya.

ATHOS. Te respondo de ella.

WINT. Me parece, caballeros, que si hay alguna medida que tomar contra la condesa de Winter, esa medida me toca á mí.

ATHOS. ¡Por qué!

WINT. Porque es mi cuñada.

ATHOS. Y á mí, caballero, porque es mi mujer.

Todos. (Menos d'Artagnan.) ¡Su mujer!

D'ART. ¡Oh! una vez que tú confiesas que es tu mujer, estás seguro que ella morirá!....

ATHOS. Gracias.

ATHOS. Estad listos para acompañarme: dentro de diez minutos, estaré de vuelta.

D'ART. ¡Y partimos!

ATHOS. Sí; pero nos falta un compañero de camino, y voy á buscarlo.

ESCENA VII.

Los precedentes, un hombre enmascarado acercándose hácia la puerta.

HOM. ¡Un asesinato! ella estaba aquí.

ATHOS. ¡Qué quereis!

HOM. Busco á una mujer que debe haber llegado ayer aquí, y que yo he creído conocer cuando pasó por delante de mi casa.

ATHOS. Esa mujer se ha ido.

HOM. (En ademán de irse.) Está bien. (Porthos y Aramis están delante de la puerta.)

ATHOS. ¡Y qué le quereis!

HOM. Eso solo á mí me interesa.

ATHOS. Perdonad, señor; pero como esta mujer acaba de cometer un crimen, no está demas que nosotros nos informemos de aquellos que la conocen y que ella conoce. ¡La conoceis vos?

HOM. Sí.

ATHOS. Entonces me direis quién sois.

HOM. ¡Lo quereis!

ATHOS. Absolutamente.

HOM. Sea, acercaos. (Le habla á la oreja.)

ATHOS. ¡Oh! entonces seais muy bien venido.

HOM. ¡Y por qué!

ATHOS. Porque os necesitamos y vais á acompañarnos.

HOM. ¡Imposible!

ATHOS. ¡Imposible!

HOM. Yo no puedo dejar la ciudad sin una licencia ó una órden.

ATHOS. Pues bien, aquí está la órden.

HOM. Firmado: "Richelieu."

ATHOS. Sí.

HOM. Ordenad, yo obedezco.

ATHOS. (A d'Artagnan.) Amigo mio, es preciso ser hombre: las mujeres lloran á los muertos, los hombres los vengan. Ven.

D'ART. ¡Y ese compañero de camino que te faltaba?
 ATHOS. Ya lo he encontrado.
 D'ART. Entonces ya nada hay que nos impida el perseguir á esa mujer?
 ATHOS. Nada.
 D'ART. Partamos. [*Abrazando por la última vez á la Bonacieux.*]

CUADRO XIV.

Un valle cerca del río de la Lys; cabaña á la derecha; es de noche.

ESCENA I.

MILADY.

MIL. [*Sola en la cabaña, mirando su reloj.*] Ya es cerca de media noche: de aquí á Armentiers hay una legüa, y no hace mas que tres cuartos de hora que el dueño de esta cabaña ha partido: los caballos, aun suponiendo que ande con la mayor actividad posible, no pueden estar aquí antes de veinte minutos. Paciencia! esperemos.

PLANC. [*Que está oculto en frente de la puerta levantándose.*] Psitt.

Mousq. [*Pareciendo detras de la casa.*] ¡Qué hay?

PLANC. He oido que algo se movia.

Mousq. Sí, ella se ha levantado; pero se ha vuelto á sentar.

PLANC. Parece dispuesta á irse?

Mousq. No, ella espera.

PLANC. Entonces á nuestros puestos. [*Vuelven á sus puestos.*]

MILAD. Me parece que percibo voces en los zumbidos del viento, y amenazas en el rodar del trueno. [*Grimaud se levanta sobre la altura del fondo, agitando su pañuelo.*]

ESCENA II.

LOS MISMOS, ATHOS, que aparece seguido de Porthos y de Aramis, de Winter y del hombre enmascarado y D'ARTAGNAN.

ATHOS. ¡Le habeis seguido la pista?

GRIM. Sí.

ATHOS. ¡Y en donde está?

GRIM. Allí.

ATHOS. Pero ella bien ha podido salirse de esta casa: ¡si habrá emprendido la fuga?

GRIM. No, porque no hay mas que una puerta y una ventana.

ATHOS. [*Volviéndose.*] Venid.

MIL. Me parece que oigo pasos.

ATHOS. ¡Los dueños de esta casa en dónde están?

PLANC. La casa estaba ocupada por un leñador; ella rendida de fatiga no ha podido ir mas lejos, y ha enviado al leñador á Armentiers, por unos caballos de posta.

ATHOS. ¡Y en dónde está ese hombre?

PLANC. Nosotros lo hemos arrestado, y Bazin lo vigila á quinientos pasos de aquí.

ATHOS. Porthos, vos á esta puerta, yo á la ventana, [*á los otros*] y vosotros, aquí en donde estamos.

PORT. Ya estoy en mi puesto.

MIL. [*Sobresaltada.*] ¡Ah! esta vez no me cabe duda que he oido pasos á este lado. [*Mira á la ventana y ve á Athos.*] ¡Oh! es una vision, no puede menos. [*quiere huir por la puerta.*]

PORT. [*Levantando su pistola.*] ¡Deteneos! [*Durante este tiempo Athos ha hundido de un puñelazo la ventana, y ha entrado en la cabaña.*]

ATHOS. Abajo esa pistola, Porthos, porque importa mucho que esta mujer sea juzgada y no asesinada. Acercaos, caballeros.

MIL. [*Cayendo en una silla.*] ¡Qué buscáis! ¡Qué preguntáis!

ATHOS. Buscamos á Carlota Backson, que se ha llamado la condesa de la Fère, y despues lady Winter, baronesa de Clarick.

MIL. ¡Vos sabéis bien que yo soy!

ATHOS. Yo deseaba oir esa confesion de vuestra boca.

MIL. ¡Qué me queréis!

ATHOS. Queremos juzgaros segun vuestros crímenes: libre sois para defenderos; justificaos si podeis: caballero d'Artagnan, á vos os toca acusarla el primero.

D'ART. [*Presentándose sobre el umbral de la puerta.*] Delante de Dios y de los hombres, yo acuso á esta mujer de haber envenenado á Constanca Bonacieux, muerta dos horas há entre mis brazos en el convento de las Carmelitas de Bethune.

ATHOS. Ahora os toca á vos milord de Winter.

MILAD. Milord de Winter!

WINT. [*Sobre el umbral de la puerta.*] Delante de Dios y de los hombres, yo acuso á esta mujer de haber corrompido á un oficial de marina llamado Felton; de haberle puesto el puñal en la mano, y de haberle hecho matar al duque; muerte que en este momento paga Felton con su cabeza: la acuso pues, como asesino de Buckingham, como asesino de Felton, como asesino de mi hermano; y pido por lo mismo, justicia contra ella, y declaro aquí solemnemente, que si no se me hace, me la haré yo. [*Lord de Winter va á colocarse al lado de d'Artagnan.*]

ATHOS. Ahora me toca á mí. Cuando esta mujer tenia diez y siete años, yo me casé con ella, á pesar de mi padre, y le dí mi fortuna y mi nombre. Un dia observé que estaba marcada, que tenia una flor de lis sobre el hombro izquierdo.

HOMBRE. [*Enmascarado sobre la puerta.*] Yo lo afirmo.

MIL. ¡Quién ha dicho: yo lo afirmo!

HOMB. Yo.

MIL. Vos! yo os reto á que me citeis el tribunal que ha pronunciado esa infame sentencia; yo os desafio á que encontreis el hombre que la ha ejecutado.

HOMB. Aquí está. [*Se quita la máscara.*]

MIL. [*Cayendo de rodillas.*] ¡Quién es este hombre! ¡Quién es este hombre!

HOMB. ¡Oh! vos me conocéis bien.

MIL. ¡Ah!

TODOS. Vos sois....

HOMB. Yo soy el hermano del hombre que ella ha amado, que ella ha perdido, y que se ha suicidado por ella. Yo soy el hermano de Jorge.

ATHOS. Caballero d'Artagnan, ¡qué castigo reclamais para esta mujer!

D'ART. La pena de muerte.

ATHOS. Milord de Winter, ¡qué castigo reclamais para esta mujer!

WINT. La pena de muerte.

MIL. ¡Ah! señores, señores!....

ATHOS. Carlota Backson, condesa de la Fère, Milady de Winter, baronesa de Clarick, vuestros crímenes han agotado la paciencia de los hombres en la tierra, y la del mismo Dios en el cielo. Si sabeis alguna oracion, decidla, y decidla con fervor, porque estais condenada á muerte, y vais á morir. Ejecutor de la justicia, esta mujer os pertenece, [*El hombre se adelanta hacia milady.*]

MIL. Sois unos cobardes, unos asesinos. Os habeis reunido seis para asesinar á una infeliz mujer, indefensa, sola. ¡Ay de vosotros si un dia!.... cuidado!

ATHOS. Vos no sois una mujer; no pertenecéis á la especie humana; sois un demonio vomitado del infierno, y os vamos á hacer volver á él.

MIL. ¡Asesinos! ¡asesinos!

HOMB. El verdugo, señora, puede matar, sin que por eso sea asesino: él es el último juez, hé ahí todo.

MIL. Sí; pero para que no sea asesino, necesita un decreto, una orden.

HOMB. ¡Esa orden aquí está!

MIL. ¡Ah! estoy perdida.

ATHOS. Verdugo, haz tu deber.

MIL. [*Arrastrada por el verdugo.*] ¡Piedad! ¡compasion!

D'ART. ¡Ah! yo no puedo presenciar este horrible espectáculo. No puedo consentir en que esta mujer muera de esta manera.

MIL. ¡Oh! d'Artagnan, d'Artagnan, salvadme.

ATHOS. [*Entre d'Artagnan y Milady.*] Si dais un paso mas d'Artagnan, cruzamos las espadas.

D'ART. ¡Oh!

ATHOS. Solo teneis el derecho de pedirnos, que os perdonemos, ya que vais á morir. Sí, yo os perdono el mal que me habeis hecho destruyendo mi pervenir, robandome mi felicidad, y comprometiendo mi salvacion eterna, por la desesperacion en que me habeis hundido: morid en paz.

WINT. Yo os perdono el envenenamiento de mi hermano, el asesinato de lord Buckingham y la muerte de Felton, morid en paz.

D'ART. Y yo.. Perdonadme madama, por habeis provocado vuestra cólera con una accion indigna de un caballero, y en cambio yo os perdono la muerte de mi pobre amiga, os perdono y lloro por vos: morid en paz.

MILAD. ¡Oh! última esperanza! [*Al verdugo.*] Marchemos. [*A los mosqueteros.*] ¡Vivid alerta! cuidado! que si no soy socorrida, seré vengada.

ATHOS. Arrodiillaos, caballeros, y rezemos, por una criatura culpable, pero perdonada que va á morir.

VERD. Venid.

D'ART. Athos, Athos, Athos! [*Se oye un grito sofocado y el verdugo atraviesa por el fondo, con la espada desnuda.*]

VERD. Dejad pasar la justicia de Dios.

D'ART. [*Levantándose.*] Se consumó el atentado. Perdónanos, Dios mio!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.